



CINCO HORAS CON DELIBES

POR la gran arteria de las divisas pasan ya a estas horas de la madrugada los coches de los turistas, de Irún a Madrid y viceversa. Entre el Norte industrial y la capital está la gran meseta. Cruzan a ciento y pico por hora por la Castilla de Gautier, de Merimée, los turistas no han leído al 98. Es la Castilla que celebra al Cid, Hostal del Cid, Cine el Cid, Venta del Cid, Taberna del Cid Campeador y que debe mucho a Charlton Heston. A estos pueblos

castellanos les toca, empero, la migaja de las divisas. Los turistas marchan al Sur, al sol que más se cotiza. A unos cuarenta kilómetros de Burgos está Grisaleña, campos de perdiz y codorniz. De enero a agosto de 1967 han sido trece millones ciento noventa y siete mil turistas. Pasan en sus coches tragándose el paisaje, con sus rulots (son los turistas baratos) y sin rulots (son caros).

«Es un tráfico endiablado», dice Miguel Delibes, que abre unos ojos

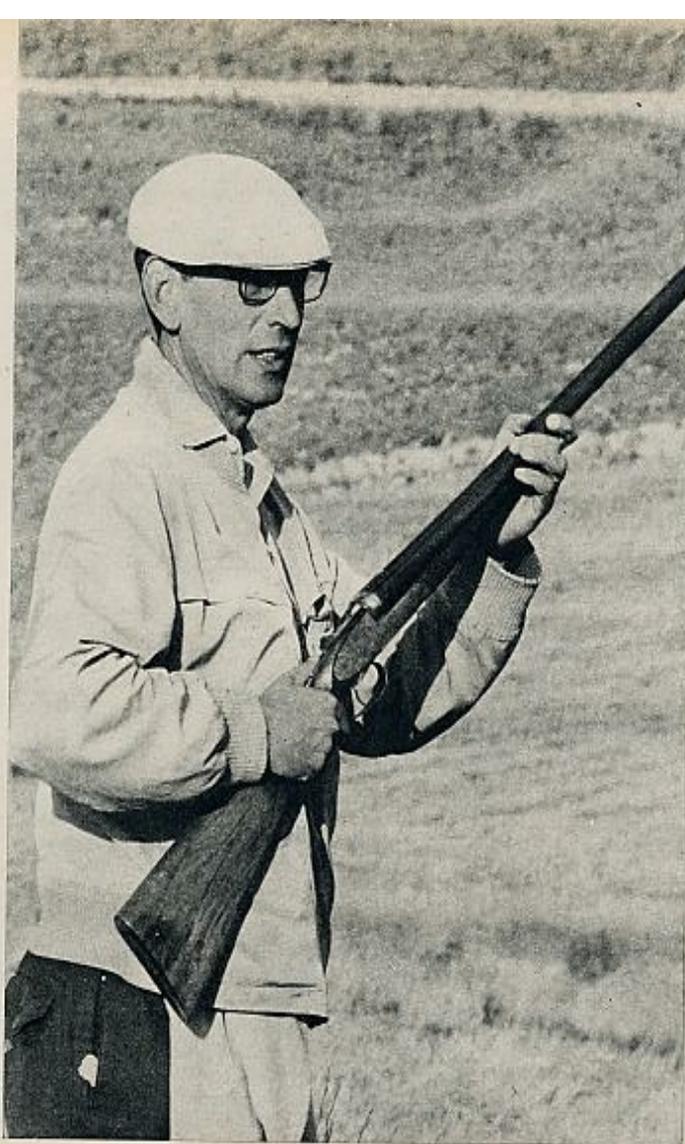
pasmados y algo míopes. Al filo de la madrugada, el escritor ha llegado con su hijo mayor, desde Sedano (Burgos), donde tiene una finca. Los turistas europeos vienen en sus coches en busca de oxígeno y libertad. Delibes escapa en Sedano del teléfono, los semáforos y el «surmenage». Los turistas que vuelven con su ración de sol a cuestras traen cuerda para aguantar hasta el año que viene los bajo ceres, la oficina, el tedlo. El cazador viene también por su ra-

ción de libertad y oxígeno. Para recorrer a pie esos 25 ó 30 kilómetros reglamentarios que comporta un día de caza y nutrir así la conversación de los seis días restantes de la semana. Miguel Delibes dice que la caza es un placer de ida y vuelta. La aventura no termina en el campo.

Se hace la luz poco a poco y, sobre el campo, se clarifican los contornos. Cantan los gallos del pueblo y se desperezan a golpe de las seis y media. Castilla no tiene

nada que ver con la riada de los rulos, las matrículas belgas, rojas, las suecas, las británicas. La perra, «Sara», salta del portamaletas y corre para estirarse a gusto. También para «Sarita» es día de libertad y oxígeno.

«Es fina», dice Miguel. El coche salva la distancia, el suelo encharcado —llovió anoche reciamente—, hasta las mismas lindes del cazadero. Los transportes han revolucionado la caza. Pero la pereza termina allí mismo, donde las ruedas del coche no pueden llegar. Se ciñe la cenana, se arma la escopeta con unión, se elige el calibre de los cartuchos para codorniz. La funda de cuero del cazador está manchada con sangre de liebre, de conejo, de perdiz, de codorniz, de avutarda, de piezas que han caído en otras mañanas y otras tardes. Huele a tierra mojada. Se calza las katuskas altas de caucho sobre el grueso calcetín. Hace frío, se pone una sahariana. Miguel me ha dicho: «Soy un cazador que escribe, no un escritor que caza»; sustituye la boina habitual por la gorra de fieltro, más ligera. «Sara» tiene buenos vientos, olfatea por el rastrojo, el instinto le tira campo arriba. En fila, la cuadrilla se pone en marcha, Manuel, el amigo y los dos Migueles. Es ya un poco tarde, quizá la codorniz, como los turistas, empieza a emigrar. A los disparos sin tasa de la apertura sigue el silencio. Se hace la paz sobre la ancha Castilla. Sobran escopetas y escasea la codorniz. «Sara», sobre la tierra fresca, olfatea el pájaro. Son tres instintos en juego, los del perro, los del cazador y los del bicho, que apeona hacia la ladera. Pronto se ve que hoy la codorniz está desperdigada. «Sara», «Sarita» y «la Montiel», como la termina llamando Delibes, hace unas muestras espectaculares, se inmobiliza y, antes de media hora, suena el



Delibes sigue de cerca la muestra de «Sara». A «la Montiel» sólo la falta hablar.

primer tiro. En horizontal, Manuel y el Miguel joven a los extremos y el escritor como centrocampista. La «Sara» hinca el morro hacia el suelo y, a poco, se para, deja de menear la cola, es como si le hubiera dado el «paralís».

—Entra tú —dice Manuel.

Se adelanta Miguel, con sigilo, se pone al nivel de la «Sara» y, en el momento preciso, salta la codorniz. En la distancia que mandan los cánones, los veinticinco metros, aculeta la escopeta y dispara. El bicho cae como un trapo sobre el rastrojo. La «Sara» se va como una bala sobre la pieza, la sujeta, la muerde...

—«Sara!», ¡«Sara!» —grita Manuel—. Cobra mal, tiene la boca dura. ¡«Sara», ven, ven!, ¡«Sara!» —y el cazador la arrebató sobre la pieza, que tiene un desgarrón en el vientre.

—Entra tú...

Se turnan.

—Vamos a revisar estos linderos.

Se confirma el diagnóstico. La codorniz está aislada, difícil de volar, se pega a la tierra o apeona.

La cuadrilla se distribuye en arco. «Sara» curioseas sobre el trigo sin cortar, agarra alguna falsa pista y vuela un bando de perdiz, pero las escopetas no responden. Es el «fair play» de los cazadores, de los «románticos», que dice Delibes. Aún no le ha llegado a la perdiz su hora, «Sara» obedece a su amo, Manuel, con la docilidad de un perro pastor. Delibes lleva ya una percha de media docena de codornices. La marcha tiene sus altibajos. De un rastrojo, la «heredada», que dice Manuel al estilo vasco, surge un bando de cuatro, suenan disparos, caen dos, las demás se van a Pekín. Pero hay que buscarlas.

—Fijaros dónde han ido. **SIGUE** Allí, más o menos. Aquí hay



treinta —dice Miguel padre, no sé si eufórico o guasón.

—Qué va, no pasan de media docena —le responde Miguel hijo.

En una pausa, el escritor pone el seguro, saca la pitillera de cuero y lía un cigarro de picadura. Así, un cigarrillo, una muestra, un disparo, dos horas pasan rápidamente, como si volaran. La marcha es más difícil, porque las suelas de las botas arrastran el barro del campo, con briznas de paja. Se sacude el barro, y vuelta a andar. «Anoche estuve, soñando estuve con Lola...», musita el cazador, para poner quizá música al ballet del perro. Miguel hijo está concentrado en su trabajo. Ha entendido bien que la caza es cuestión de observación, de corazón, de músculos, de auscultar el suelo, descubrir los sistemas de vuelo, los ángulos de tiro, con todos los sentidos puestos en la operación. El hombre en libertad que «regresa al paleolítico», como decía don José Ortega y Gasset. Y el perro como intermediario. El desgaste físico se compensa al tomar la cama y dormirse al momento sin ayuda de somníferos.

La cuadrilla regresa a su base, a la vera del coche. Sobre la torre de Grisaleña revolotean las palomas. Delibes y Manuel apuran aún su tiempo y se escuchan algunos disparos.

Es la hora del taco, hacia las diez de la mañana. Se abandonan las chaquetas, innecesarias con el sol que empieza su carrera hacia el cenit. Con la tierra seca sobran las pesadas botas de caucho. Sobre la ladera se sienta la cuadrilla, para abrir el cestillo de la sorpresa: tortilla, atún y una botella de clarete burgalés. «Sara» bebe también de la mano de Miguel, que hace de recipiente con sus manos. «Sara» empieza a sacar la lengua.

—Miguel —dice el cazador a su hijo—, a ver si inventas algo, tú que estudias Ciencias Biológicas, para que los perros de caza suden por el rabo y no por la boca, que pierden los vientos... De todas formas, vaya napia la de «la Montiel»...

«Sara» se revuelca sobre el matorral bajo. «El cazador que escribe» aprovecha para hablar de caza. Hay medio millón de cazadores en España, 200.000 de los cuales son furtivos o cazan sin licencia.

La superficie de caza es de 50 millones de hectáreas, acotadas en su mayor parte. Los primeros días de la apertura, los cazadores independientes acaban con los efectivos del terreno libre, y el resto de la temporada no saben a dónde disparar. O sea, ¿la caza es un deporte para ricos?

Delibes ha escrito largamente sobre los cotos. En «La caza de la perdiz roja», por ejemplo, el Cazador dialoga con «El Barbas»: «Pues yo digo, "Barbas", que, de no ser por los cotos, a la perdiz ya podíamos cantarla un réquiem».

—Los cotos conservan las perdices. Lo que hay que buscar es una fórmula para resolver el problema de los cotos, porque en Burgos, por ejemplo, no queda ya terreno libre. Yo creo que habría que establecer una proporción entre terreno libre y acotado.

Se ha quitado la visera. Tiene un rostro anguloso, curtido del sol de este verano, y bebe un buen trago de clarete.

—Convendría establecer algo así como vedados rotatorios, se vedaría cada dos años un término municipal, o dos, o tres, o cinco juntos. En ese tiempo no puede cazar allí nadie. Cuan-



Manuel, Delibes padre y Delibes hijo, pendientes de «Sara» que empieza a sacar la lengua. A media mañana, el taco viene bien.



CINCO HORAS CON DELIBES

do pasan equis años queda repoblado y trasladadas el sistema a otro sitio. Yo no sé por qué hay tanta resistencia a reformar la ley de caza, al menos una pequeña reforma, es decir, al tío que le coges ahora cazando la perdiz, le quitas el carnet por este año y, si le coges una segunda, no le vuelves a dar la licencia en su vida.

—Pero ahora se han limitado a dos por semana los días hábiles de caza...

—Esto aprovecha a los señores que van de ojeo, porque cazarlo como nosotros hacemos, a mano, a base de piernas, no hay cristiano que aguante dos días de perdices seguidos. Si te levantas a las siete de la mañana y vuelves a las siete de la tarde y, al día siguiente haces lo mismo, el lunes te entierran seguro, te ponen la papeleta en dos idiomas, la esquila. El sábado y el domingo, a los señoritos del ojeo les viene muy bien, porque se levantan el sábado, ojeo va y viene, se reúnen para jugar al póker, se juegan las pestañas, beben unos whiskys y, al día siguiente, a cazar otra vez.

«Después de la guerra se ha puesto de moda la caza, no sólo por la revolución de los transportes. Ha habido un desvirtuamiento de la caza. El tío que tira se cree que caza, y no caza. Cazar es buscar, es levantar, es sudar, es matar, es cobrar, todo tú. Ahora, si buscas un señor para que te levante y te envíe la caza, otro para que te la cobre y te localice el sitio, y tú sólo tienes que apretar el gatillo, tú me dirás dónde está la emoción en el ojeo.

El cazador vuelve a liar uno de sus cigarros amarillos, lo enciende, se le queda una brizna de tabaco en la punta de la lengua y se la recoge con el índice y el pulgar.

—Los cazadores vascos bajan a Castilla nada más abrirse la veda. Cuando se trata de cazadores auténticos, no nos sienta mal que bajen. Pero, claro, llega un domingo un autocar. Los cincuenta se distribuyen el terreno en dos zonas, y ese término queda totalmente barrido. Ahora, repito, no sé qué intereses creados hay en torno de la ley de caza vieja para que, a pesar de las insistencias de todo el mundo sensato, esa ley no se modifica... Han reformado hasta el Código de Comercio... No se me alcanza qué puede ocurrir con esa reforma. Ahora, yo la veo muy mal a la perdiz.

Miguel Delibes insiste en su idioma de cazador, catedrático, periodista, escritor castellano sobre estos puntos oscuros que no «se le alcanzan». También protesta con su voz sincera, dolorida, contra el envilecimiento de la caza. Norman Mailer, quizá el mejor novelista americano, habla en su último libro «¿Por qué estamos en el Vietnam?» —que nada tiene que ver con el Vietnam— de esas cacerías, carnicerías más bien, en las que el hombre caza con la ayuda de helicópteros y armas muy perfeccionadas. La tecnología mata así la ilusión de la aventura, la pequeña epopeya.

—Se ha puesto de moda cazar en jeep y con rifles del veintidós que no hacen ruido, con los que en tiempo de veda salen a cazar perdices. Conozco a mucho imbécil que se ha comprado este rifle del veintidós. Entre los señoritos del jeep y los furtivos lo echan todo a perder. Este es un pueblo de mucho ingenio, mucha gramática parda y poca educación cívica, y el ingenio se aguja para destruir la caza. Sin ir más lejos, el otro día se nos arrancó una liebre y claro no la tiramos. Uno que iba con nosotros

dijo: «¿Por qué no la matas?». Pero no sólo no quedas como un deportista sino que te llaman idiota. «Otro la matará», añadió el tío. Ya sé que la matará, pero si es en su momento bien matada está.

Miguel abraza ciertas esperanzas sobre la resurrección del conejo tras la mixomatosis.

—Parece que ahora levanta cabeza. Habrá mucha gente que irá por ellos porque las perdices corren y se necesitan buenas piernas.

«La Montiel» bebe otro poco de agua. Miguel hace concha con las manos. La canana al cinto, glijerada de ropa, con nuevo acopio de munición, la cuadrilla se pone en marcha, hacia allí donde el hocico fino de «Sara» pone proa. Miguel a veces escapa al área de influencia del perro para cazar a la descubierta, al estilo que le va. Lía su pitillo, susurra, «y desía que se sentía muy sola», sigue las evoluciones de «Sara», la dirección del viento, las huellas aún frescas de una liebre junto a un sendero. Hacia el mediodía se espacian los disparos. Caen el sol a plomo sobre la cuadrilla y el perro. Las perchas están nutridas de codornices. Unas veinte por barba. «Sara» saca la lengua muy larga, jadea...

—Te has portado bien, «Sara» —acaricia Miguel al animal. Sólo le falta hablar...

En torno a una mesa, limpios de polvo y paja, los cazadores almuerzan. La conversación interrumpida se reanuda con el estímulo de unos vasos de tinto peleón. Miguel desliza ahora el tema hacia la sociología de la caza.

—Entre los tipos típicos de cazador está el furtivo, que hace profesión de la caza. Está, además, el cazador cazador que para una codorniz está una hora o más en el rastreo. Después tienes el de la película «La caza», que no es representativo, pero que se da... Además, el cazador de guante blanco que, no se mancha, no suda, tiene quien suda por él y se mancha por él. Luego está el señor que ha puesto la caza por disculpa para buscar asesorías, ayudas, para buscarse un padrino. Yo soy un cazador por vocación, mamá la caza. Mi padre también lo fue, y muy bueno. El año que murió tenía ochenta y uno, subía las laderas más empinadas, le temblaban las piernas al llegar y bebía vino de la bota.

De todos los personajes de sus novelas, quizá sea Lorenzo, el bedel-cazador de los dos «Diarios», la criatura por la que más cariño tiene.

—Todo lo de Lorenzo es verdad. Lo que no le ha pasado a él le ha pasado a alguno de mis amigos.

Miguel, hijo, como Germán el que le sigue, son cazadores para satisfacción de su padre. Miguel, junior, habla de su madre.

—A ella le parece excesivo lo que hablamos de la caza.

El escritor habla de la caza mayor.

—Me aburre soberanamente. Fuimos una vez a una cacería y me dijeron: «Por aquí va a pasar el jabalí». Era en enero. Si llega a pasar por allí, me mata. Estaba helado, aterido, aburrido.

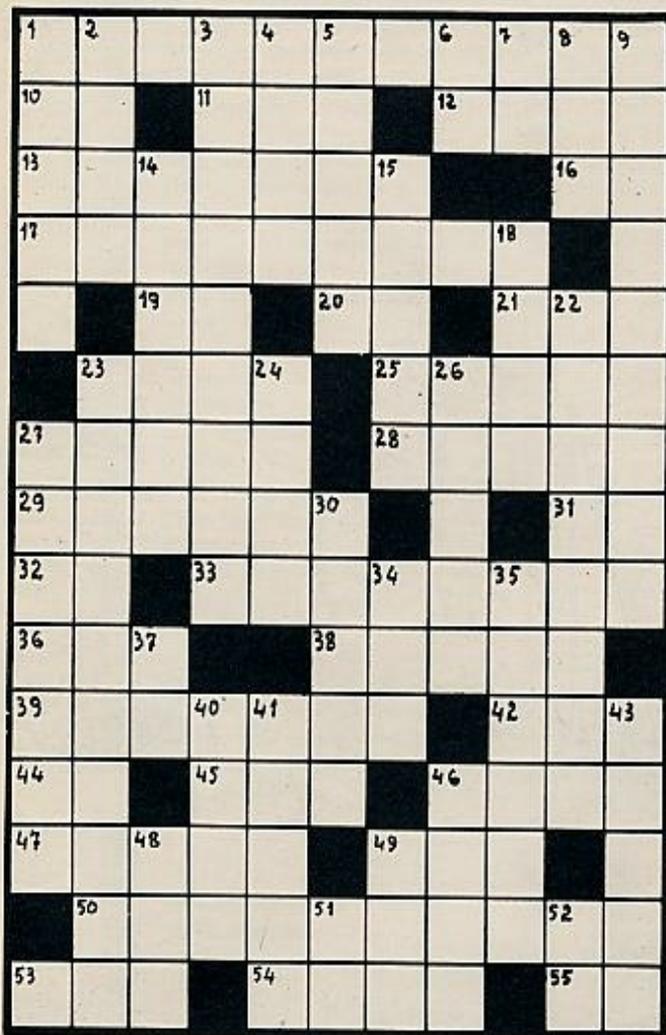
España es tierra de promisión cinéfila para cientos de extranjeros ricos. Es un tema que a Delibes le preocupa...

—Hay unos negocios prósperos montados sobre los extranjeros, especialmente en el Sur. Hay fincas que se siembran de perdices, ya no interesa



Con la escopeta de caza al hombro. Al fondo, el pueblo burgalés de Grisaleña.

(*Segue en la página 63*)



HORIZONTALES.—1: Que todo lo puede. 10: Conjunción. 11: Pradería. 12: Grasa de la sardina. 13: Diablo. 16: Símbolo de cierto metal. 17: Obra hecha de azulejos con ciertas labores arabescas. 19: Consonantes iguales. 20: Existe. 21: Departamento del Perú. 23: Sombrero de copa alta que puede plgarse. 25: Villa de la provincia de Jaén. 27: Esclavo de los lacedomonios. 28: Parte líquida de la sangre, del quilo o de la linfa. 29: Río de Francia y de Alemania. 31: Número romano. 32: Terminación verbal. 33: Cuzca algún manjar o vianda, sólo con agua y sal. 36: Síntoma catarral. 38: Nueva. 39: Causas congoja o pena. 42: Voz árabe que significa puerta. 44: Entregué. 45: Del verbo ser. 46: Signo musical. 47: Personaje principal y título de una de las más hermosas tragedias de Shakespeare. 49: Cerveza inglesa. 50: Profesor o alumno de una academia. 53: Demostrativo. 54: Casquete de madera de olivo que usaban los sacerdotes romanos. 55: Artículo.

VERTICALES.—1: Undulaciones. 2: Cosa dulce que producen ciertos insectos. 3: Orador y retórico ateniense, discípulo de Platón. 4: Castigo de una falta o delito. 5: Ciudad de la provincia de Navarra. 6: Pertenece al dominio de uno. 7: Símbolo del sodio. 8: Parienta. 9: Lo aderezó o edobó algunas manufacturas. 14: Ciertas pájaros de plumaje negro. 15: Sitio de vegetación en los desiertos arenales. 18: Atenderé los ruegos de alguien. 22: Ciertos signos musicales. 23: Grupo de criplógamas que comprende las algas, los musgos y los he-

lechos. 24: Parte más baja del interior de un buque. 26: Para echar las cartas. 27: Semejante, parecido. 30: Mujer que, en Oriente, recita, canta y danza en público. 34: En plural, nombre de letra numeral romana. 35: Mamíferos rumiantes caviornios. 37: Siglas comerciales. 40: Accidente geográfico. 41: Hueco en una roca, tapizado de una substancia cristalizada. 43: Descienden. 46: Villa de la provincia de Tarragona. 48: Resonancia. 49: Quiéira. 51: Al revés, la décimoquinta consonante. 52: Pronombre.

(La solución en el próximo número)

SOLUCION AL NUMERO 276



CINCO HORAS CON DELIBES

(Viene de la página 61)

el trigo. Treinta, cuarenta, cincuenta duros por perdiz muerta, diez mil pesetas por puesto, un tanto alzado por cacería... y los procedimientos los que quieras... La afluencia de extranjeros es cada vez mayor. Cogen el avión, aterrizan aquí, se tiran unas semanas en España, cazando, y se vuelven.

La caza es la fuerza motriz de gran parte de la obra literaria de Delibes.

—Es gracioso, «Diario de un cazador» se ha traducido al alemán y, francamente, no concibo a Lorenzo hablando en alemán. En los Estados Unidos según vi en mi última visita, ponen muy buena voluntad, pero no entienden el sentido del habla popular de Castilla. Una chica francesa ha hecho una tesis sobre la vida de la naturaleza en mi obra. Es un libro divertido porque hace recuento de las variedades de pájaros y ratas, de los árboles, de las puestas de sol, pero no tiene valor interpretativo. Muchos de los jóvenes novelistas rusos son cazadores. Huyen de la ciudad para refugiarse en los ríos y en el campo, este amor a la tierra les viene de muy atrás. Entre los españoles, Sánchez Ferlosio es cazador, al menos lo era. Coincidimos con él en la Mancha y le dije yo: «Estoy escribiendo un libro, "Diario de un cazador"». «Pero no fastidies», me respondió Ferlosio. «Pero, qué pasa», le dije. «Es que yo estoy escribiendo otro igual». Yo seguí: «Pues mi cazador hace esto». «Y el mío...», «Y esto otro», «Y el mío», y ya me soltó «El tuyo no será furtivo», «Casi furtivo», le añadí. El no lo escribió.

La caza ha sido un vehículo ideal para que Delibes haya conocido Castilla como la conoce. El ha sido testigo del hondo trauma de la emigración. Es un hecho que Castilla se despuebla...

—Pueblos que yo vi hace años con treinta vecinos tienen hoy cuatro tan sólo. Los números son falsos a veces. Dicen que el siete por ciento de la población de los Estados Unidos es campesina, en España el porcentaje es de un treinta por ciento. Sin embargo, la agricultura norteamericana es próspera. Pero hay que ver cuál es la población campesina española. No hay más que darse una vuelta por los pueblos. Son niños y viejos de ochenta años. En Castilla se da la cosecha de año y vez. Supongamos que un agricultor tiene veinte hectáreas, siembra diez, pongamos que recoge mil kilos por hectárea, diez mil kilos a duro son cincuenta mil pesetas al año y con eso no se puede vivir. Los que se van vuelven al pueblo algún verano, pero nunca para quedarse. El otro día hacían una pregunta a uno de Campas-

pero, provincia de Valladolid, que se había ido a la industria a Barcelona: «¿Viene a quedarse?». «No vendría yo —respondió— ni aunque me diesen el jamón gratis».

Para Delibes, que no es hombre de tertulias, cócteles, reuniones mundanas, la caza es un vicio, una compensación.

—Sólo pienso, cuando cazo, en que va a salir la perdiz o la codorniz, por eso me gusta, me olvido de los problemas. La perra distrae mucho. «La Montiel» es una superdotada. Ha demostrado ser resistente, tiene magníficos vientos y cobra con rigor. Yo no he tenido suerte con los perros. Un amigo mío me ha regalado uno, «El Farol», que caza bien, pero que con la perdiz se ha estrellado o quizá el que me he estrellado he sido yo. No tengo la paciencia de educar al perro. En cuanto a la cuadrilla, sirve para desarrollar el sentido del humor. Hay un fondo de identidad frente a la caza. Es decir, el tipo que no siente la caza como la sienten los otros tres, nunca podrá hacer cuarteto con ellos. Nosotros procuramos no aburrirnos a lo largo del año. La veda de la perdiz termina en febrero, de febrero a marzo cazamos patos, de marzo al quince de agosto pescamos truchas, del quince de agosto a septiembre vamos a la codorniz.

La cuadrilla piensa volver al rastrojo hacia las cinco, una buena hora para dar otra vez guerra a la codorniz. «Sara» echa la siesta amarrada a un árbol frondoso.

—Cazaremos, si os parece, de cinco a ocho —añade Miguel—, hasta que se vaya la luz. Para la perdiz no hay reglas, depende, una hora risueña es las once de la mañana. Yo empiezo a notar algo los años cuando las perdices salen en el quinto pino. Hasta el año pasado jugué de portero con el Sedano C. de F. Ahora ya me he retirado... salidas de puño, despegues, todavía paro penaltys. Bueno, este verano me parece que ya no, he doblado los cuarenta y cinco y es mucha responsabilidad la del guardameta...

Miguel saca del bolsillo de la chaqueta un frasquito misterioso. Es su «LSD».

—Son gotas para el hígado —dice—, vienen bien después de una comida copiosa. Se vierte el mentol sobre un terrón de azúcar, sabe bien, prueba... activa la función digestiva...

Cuando «Sara» ve acercarse a los cazadores, tira de la cuerda. Sobre la carretera, la Nacional 1, sigue sin tregua la corriente circulatoria de los coches de los turistas y de los camiones de pescado. Para los viejos de los pueblos de Castilla, que se han quedado solos, la carretera es desde hace un par de años todo un espectáculo.

Texto y fotos: M. A. LEGUINECHE